

«Estén siempre dispuestos a dar razón de su esperanza a todo el que les pida una explicación»

1 Pedro 3,15

Traslación de Nuestro Santo Padre Domingo

24 de mayo de 2025

LOS “PÚBLICOS” DE LA PREDICACIÓN DEL EVANGELIO

Queridos hermanos y hermanas de la Familia Dominicana,

Deseo compartir con ustedes una parte de mi *relatio* al Capítulo General de Piores Provinciales, que se celebrará en Cracovia, Polonia, del 19 de julio al 8 de agosto de 2025. Les pido que nos acompañen con sus oraciones, para que, con la gracia e inspiración del Espíritu Santo, los capitulares del Capítulo General y los hermanos y hermanas que nos ayudarán puedan seguir construyendo sobre nuestras esperanzas para el crecimiento de la Orden y la renovación de su misión en todo el mundo.

Creo que lo que se dice sobre los frailes también se aplica en gran medida a nuestras hermanas y a los miembros laicos de la Familia Dominicana, especialmente en lo que respecta a la misión de nuestra Orden hoy y a los “públicos de nuestra predicación del Evangelio.”

La llamada del Jubileo

Contaréis siete semanas de años (Sabbath)... Este año será un jubileo para vosotros... cada uno retornará a su familia... no sembraréis ni segaréis los rebrotes, ni vendimiareis las cepas no cultivadas. Porque es el año jubilar, que será sagrado para vosotros (Lev 25, 8-12).

La Orden celebra el Capítulo General en Cracovia dentro del Año Jubilar del Señor 2025.

El libro del Levítico nos dice que el Año Santo tiene dos objetivos importantes: *volver a la familia y entrar en el Sabbath*. Así, el Jubileo es, en primer lugar, una invitación a “volver” al Señor (conversión y renovación); y, para nosotros, dominicos, a “volver” al carisma que Domingo recibió, a renovar nuestro compromiso de predicar el Evangelio como Domingo lo hizo. La segunda invitación es a entrar en el Sabbath, a “descansar en Dios”. Paradójicamente, la predicación del Evangelio es una tarea exigente e interminable de la que no podemos “descansar”. ¿En qué consiste, pues, ese descanso? Jesús nos invita: “Venid a mí todos los que

estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas” (Mt 11, 28-29). El “descanso” jubilar no es un cese de la actividad, sino una experiencia de cercanía y unión con Dios, que comparte con nosotros su “yugo” o misión. Es el descanso sobre el que escribió san Agustín: *nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en Dios*.

Conmemoración del Capítulo General de Madonna dell'Arco

El pasado año 2024 conmemoramos el 50 aniversario del Capítulo General de Madonna dell'Arco, el capítulo que confirmó la Constitución de la Orden tras el Concilio Vaticano II, que River Forest incoó en 1968 y Tallaght aprobó en 1971. El entonces Maestro de la Orden, Aniceto Fernández, señalaba con tristeza en su *relatio* que la Orden había perdido alrededor de 2.000 hermanos entre 1963 y 1974, es decir, que en 1963 había 10.150 hermanos, y en el momento en que escribió su informe había 7.952 frailes. Consciente de las divisiones e incertidumbres de la Iglesia tras el Concilio Vaticano II, el recién elegido Maestro, Vincent de Couesnongle, pidió a la Orden que tuviera *coraje para el futuro*.

Los capitulares escribieron una carta a los hermanos y hermanas de la Orden sobre los “problemas actuales (*de problematibus hodiernis*) que pueden afectar a la vida y al trabajo de la Orden”.

El mundo descrito por los capitulares hace cincuenta años nos resulta terriblemente familiar: “un mundo marcado por las divisiones y la guerra...”. Mirando entonces a la Iglesia, decían: “La Iglesia debe tener un rostro evangélico. Pero sabemos cómo la fragilidad humana es un lastre para ella. A este respecto, se nos plantea una cuestión muy importante: ¿qué tipo de Iglesia queremos? ¿Queremos una Iglesia poderosa, rica y fuerte, que se parezca a los poderes de este mundo? ¿O queremos una Iglesia-servidora en la que la acción del Espíritu y los *carismas* con los que edifica a los fieles cristianos no se vean bloqueados o empañados por la dureza de las instituciones humanas?” (ACG 1974, 253 II, 2).

Ante estos retos, los capitulares afirmaron que la Orden ayudará a construir la Iglesia a través del carisma recibido por Domingo: “No podemos ser profetas del Reino si nuestra predicación no es a la vez vida y palabra. La **forma de vida evangélica** elegida por Domingo *no es un complemento* de nuestra misión apostólica, al contrario, *es un fundamento indispensable*, sin el cual nuestro mensaje carecería de toda credibilidad; *nuestra de vida es en sí misma predicación*” (*forma vitae jam est in actu praedicatio*) (ACG 1974, 253 II, 3, el subrayado es mío). Creo que esta afirmación debería ser el punto de partida para la discusión de los temas recurrentes en nuestros recientes capítulos generales: la vocación de los hermanos cooperadores, la estructura conventual, la reestructuración, la “auténtica formación dominicana”, etc.

La vida dominicana como fundamento indispensable de nuestra misión apostólica

La forma de vida evangélica elegida por Domingo es **un fundamento indispensable, no un complemento de nuestra misión apostólica**. La vida dominicana tiene varios elementos o aspectos constitutivos: la consagración religiosa, la vida fraterna común, la vida intelectual, la vida apostólica, etc. Dado esto, parece extraño que a veces sintamos la necesidad de “equilibrar” o “armonizar” vida y misión, como si pudiera haber una “misión dominicana” que no estuviera enraizada y alimentada por la “vida dominicana” con todos sus elementos integrales. Parece que miramos una “parte” como si fuera un “todo” en sí mismo. O, como si fuera posible elegir sólo un aspecto de la vida dominicana y dejar de lado los otros - por

ejemplo, a veces escuchamos a algunos frailes decir: “La misión es importante, y por el bien de la misión, podemos prescindir de las estructuras conventuales”; o “Soy un párroco, así que debo vivir en la rectoría de la parroquia, fuera del convento”; o, “Amo predicar y enseñar, pero preferiría no vivir en comunidad”; o “Amo el aspecto monástico de la vida dominicana, pero no quiero salir del convento para enseñar, o predicar, o atender a la gente”, etc. En una visita canónica, un fraile anciano que vive fuera del convento desde hace mucho tiempo me dijo: “Quiero morir como dominico”, yo le respondí: “Estoy de acuerdo, pero primero, ¡quiero que vivas como dominico!”. Somos *frailes-predicadores*, no somos ni monjes, ni clérigos regulares. Sin embargo, cuando “elegimos” sólo un aspecto de nuestra vida dominicana sin los otros elementos constitutivos, parece que tendemos hacia una u otra forma de vida religiosa.

A lo largo de los años, nos ha resultado difícil definir la vida de un hermano cooperador; cuando, de hecho, “su” vida religiosa es *la misma vida religiosa dominicana* que “todos” debemos vivir, incluidos los que reciben la ordenación. Cuando decimos: “Soy un sacerdote dominico”, eso significa *que ser “dominico” califica* nuestro sacerdocio, es decir, no somos clérigos regulares o sacerdotes diocesanos, etc. Entonces, en lugar de discutir interminablemente sobre los hermanos cooperadores, ¿no deberíamos más bien discutir qué significa “sacerdocio dominicano”? ¿Realmente se puede decir que estoy viviendo auténticamente mi “sacerdocio dominicano” al margen de la vida religiosa dominicana que viven nuestros hermanos cooperadores, o fuera de una comunidad religiosa, o sin los elementos de la vida religiosa dominicana? ¿Qué significa para un religioso dominico ser “cooperador del orden episcopal” (*Presbyterorum Ordinis*, 2)? Esto no significa que debamos aflojar en la promoción de vocaciones para hermanos cooperadores; más bien, debemos continuar promoviendo integralmente las vocaciones a la vida religiosa dominicana, en la que algunos son ordenados y otros no.

Jesús preguntó a dos discípulos que le seguían: “¿Qué buscáis?” Ellos respondieron: “Rabí, ¿dónde vives?” (Ποῦ μένεις Jn 1,38). Sabemos que los discípulos no preguntaban por la “dirección” de Jesús, el lugar donde vivía Jesús. Los discípulos eran buscadores, y querían saber no tanto “dónde”, sino “cómo” vivía Jesús, para poder descubrir el sentido de sus propias vidas, y vivirlas según la invitación de Jesús: “Venid y veréis”. Sabemos que el griego μένω significa “permanecer, morar”, que en el Nuevo Testamento expresa una conexión permanente con Jesús.

Estamos en la Orden porque seguimos el camino de Domingo al responder a la llamada de Jesús. Creemos que la vida dominicana en su totalidad, es decir, la integridad de todos sus elementos (vida común, estudio, predicación, consejos evangélicos, etc.) concuerda con la vida que buscamos. *Lo importante es la vida dominicana en su plenitud, no los muros y los edificios*, decía una monja dominica que contemplaba el cierre inminente de su monasterio y, en consecuencia, su traslado a otro monasterio.

La “teología del año jubilar” tal como se lee en el Antiguo Testamento se complementa y completa con el mandato mesiánico de Jesús en el Nuevo Testamento. En el evangelio de Lucas (4,16-21), parte integrante de la inauguración del ministerio público de Jesús es su regreso a su casa de Nazaret, a su costumbre de “cumplir el sabbath en la sinagoga” y a su lectura de las Escrituras y predicación.

“El Espíritu del Señor está sobre mí,
porque él me ha ungido.
Me ha enviado a evangelizar a los pobres.
a proclamar a los cautivos la libertad,

y a los ciegos, la vista,
a poner en libertad a los oprimidos,
para proclamar el año de gracia del Señor”.

“Hoy se ha cumplido esta Escritura que acabáis de oír”.

La visión de Isaías se cumple en el mesianismo y la misión de Jesús. Del mismo modo, “la misión es principalmente *lo que somos* y, en segundo lugar, *lo que hacemos*”. Domingo le pidió al Papa Honorio III que hiciera un pequeño pero significativo cambio en la Bula del 21 de enero de 1217, a saber, que la palabra original “*praedicantes* (personas que predicar) fuera reemplazada por el sustantivo *praedicatores*”¹. De este modo, la visión de nuestro fundador se hace realidad en los predicadores que formaron su Orden. Nuestra misión es lo que somos (predicadores), no primariamente lo que hacemos (predicar). Somos predicadores, aunque seamos viejos o estemos enfermos y ya no podamos hablar, somos predicadores aunque seamos jóvenes y nuestra timidez nos haga callar, somos predicadores aunque no estemos ordenados, etc. Encarnamos la predicación con nuestra propia vida. Esta es nuestra misión, nuestro ser.

La instrucción *La conversión pastoral de la comunidad parroquial al servicio de la misión evangelizadora de la Iglesia* publicada hace algunos años por la Santa Sede afirma: “La contribución que las personas consagradas pueden hacer a la *misión evangelizadora* de la comunidad parroquial [eclesial] *deriva, en primer lugar, de su “ser”, es decir, del testimonio de un seguimiento radical de Cristo mediante la profesión de los consejos evangélicos*, y sólo secundariamente también de su “hacer”, es decir, de las acciones realizadas conforme el carisma de cada Instituto”². Así, nosotros los dominicos, realizamos el *propositum* de la Orden, es decir, **la predicación para la salvación de las almas**, en primer lugar, por nuestra fidelidad a la vida dominicana (*ser*)³ y, en segundo lugar, por las diferentes obras de predicación (*hacer*); después de todo, *el ser* precede a *la acción* por naturaleza (“*esse est prius natura quam agere*” S. Th. III, q., 34, a.2 ad 1um).

Visión y prioridades para realizar el *Propositum Ordinis*

El *propositum Ordinis* (LCO I y II), “predicar para la salvación de las almas”, permanece inalterado, pero se concreta de diversas maneras en la tradición viva de la Orden a través del tiempo y del espacio, a través de la marcha de la historia y de la extensión de la geografía. La predicación de Domingo con el posadero, la predicación de Tomás de Aquino en la universidad de París, la predicación de fra Angélico en Florencia, la predicación de Catalina de Siena en Italia, la predicación de Antonio Montesinos en La Española, la predicación de Martín de Porres en Lima, etc. son realizaciones concretas del mismo *propositum*, aunque no sean exactamente iguales en cuanto a la forma y, a veces, al contenido. Pero todas se dirigen al mismo fin: la predicación para la salvación de las almas. Ahora bien, ¿cómo es la “predicación para la salvación de las almas” en nuestro tiempo, en las distintas provincias y comunidades de la Orden?

¹ Vladimir Koudelka, *Dominic*, traducido por Simon Tugwell (Londres: Darton, Longman and Todd, 1997) p. 9.

² Congregación para el Clero, “La conversión pastoral de la comunidad parroquial al servicio de la misión evangelizadora de la Iglesia” (29 de junio de 2020), n. 84. El énfasis es mío.

³ Este reconocimiento de la Santa Sede de que *ser* religioso, vivir la vida religiosa, es la principal contribución de las personas consagradas a la misión evangelizadora de la Iglesia encuentra eco en nuestra tradición de llamar al convento/comunidad “sacra praedicatio” (cf. LCO 100 § I) y en la afirmación de Madonna dell'Arco: *forma vitae jam est in actu praedicatio* (ACG 1974, 253 II).

¡Si no hay profetas el pueblo se desmanda! (Proverbios 29,18). Confiamos en la *providencia* de Dios; Él provee (*pro-videre*) a nuestras necesidades. Pero también estamos llamados a participar en esa providencia, es decir, a “prever” la necesidad y prever la respuesta más adecuada a dicha necesidad. En este sentido, visualizar concretamente cómo realizar el *propositum Ordinis*, según nuestras circunstancias concretas, es participar en la *providencia* de Dios.

Ciertamente, tenemos el “sentido” de una **visión común** y **prioridades** de la Orden y de nuestras Provincias, pero a menudo, no las articulamos con claridad para que todos los hermanos sepan y sientan que realmente están trabajando juntos para la realización de dicha visión y prioridades. Así, algunos hermanos piensan que su provincia o algunos conventos no tienen una “cultura de planificación a largo plazo”, o que simplemente están en “modo mantenimiento”. La articulación de una visión - por ejemplo, “dónde queremos que esté la provincia dentro de diez años” - es importante porque servirá como punto de referencia para tomar decisiones que, acumulativamente, llevarán a su realización. Cuando en nuestros proyectos comunitarios faltan una visión y unas prioridades claramente articuladas, perdemos los elementos fundamentales que dan coherencia a nuestra tarea comunitaria, no captamos hacia dónde vamos y carecemos de criterios para evaluar si avanzamos o no.

La visión y las prioridades ayudarán a una provincia en la formación y los estudios complementarios de los hermanos que llevarán a cabo la visión y servirán en las prioridades de la provincia. Nuestra visión y prioridades deben guiar nuestras decisiones al abrir o cerrar una presencia dominicana. A veces, nuestras decisiones se ven influenciadas por oportunidades que se abren, por ejemplo, un obispo es favorable a nosotros o hay un benefactor que donará una propiedad para el uso de la Orden, etc. Pero ¿nos ayudaría una decisión de este tipo a realizar nuestra visión y las prioridades establecidas, o simplemente sería una distracción? Ciertamente, un criterio importante para establecer las prioridades de una provincia es discernir y decidir dónde el carisma de la Orden puede servir mejor a las necesidades de la Iglesia (cf. LCO 106 § I).

Sin una visión y unas prioridades claramente articuladas, podríamos caer en cualquiera de estas tendencias:

- “SWOTING Identificar y responder a las fortalezas, debilidades y oportunidades, y amenazas sin ninguna referencia a nuestra identidad y misión.
- “TRENDING”: Elegir proyectos basándose en lo que está de moda o es popular.
- “LOBBYING”: Cada fraile aboga por su proyecto favorito.
- “ROUTINING”: Hacer simplemente más de lo mismo sin tener en cuenta la necesidad de cambiar.
- “ANCHORING”: Estar apegado a los programas emblemáticos de un gran patrimonio pasado.
- “HERO-ING”: Satisfacer las mayores necesidades y demandas sin tener en cuenta carisma, capacidades o recursos.
- “INFLUENCER-FOLLOWING”: Hacer lo que los financiadores y las autoridades quieren que haga la organización”.⁴

Se empieza teniendo el fin en perspectiva. “El fin es lo último en el orden de la ejecución, pero es lo primero en el orden de la intención” (S.Th. I-II, q.1, resp.1). Una visión y unas prioridades concisas pero globales deben proporcionar una dirección clara u “hoja de ruta” que fundamente la continuidad incluso cuando haya cambios en el liderazgo, y sirva de base para elaborar los proyectos comunitarios y los integre en un “proyecto comunitario provincial” coherente.

⁴ Christina Keng, “Presentación sobre planificación pastoral”, 2023.

Misión Dominicana *In Medio Ecclesiae*

La Orden está al servicio de la Iglesia, cuya misión es “*anunciar siempre y en todas partes el Evangelio de Jesucristo*”. Sin embargo, a veces nos preguntamos, ¿deberían los dominicos participar en el ministerio parroquial? ¿O atender santuarios y lugares de culto? ¿No deberíamos ser predicadores itinerantes, yendo a lugares donde el Evangelio está aún por anunciar? ¿O deberíamos ser profesores estables en facultades y universidades?

Fr. Damian Byrne, 84° Maestro de la Orden dijo: “Estoy más convencido que nunca de que las **Cuatro Prioridades de la Orden**, tal como fueron enunciadas en el Capítulo General celebrado en Quezon City (1977) y reiteradas en los Capítulos posteriores, tienen un profundo significado para nosotros. [...] Enraizadas en nuestra herencia, reflejan toda la tradición de la Orden. No son sólo algo concebido en Quezon City”. Es cierto que las cuatro prioridades - **Evangelizar** la cultura a través de investigaciones filosóficas y teológicas; **Catequizar** un mundo descristianizado y un cristianismo secularizado; **Justicia y Paz** para la liberación integral de la humanidad; utilizar los nuevos medios de **Comunicación Social** para la predicación de la palabra de Dios - siguen siendo válidas hasta el presente. Después de algunos años, el Capítulo General de Ávila (1986) identificó **Cinco Fronteras de la Evangelización**, a saber, las fronteras *entre la vida y la muerte* (desafío de Justicia y Paz), *entre la humanidad y la inhumanidad* (desafío de los marginados), *la experiencia cristiana*, (desafío de las grandes religiones mundiales), *la experiencia religiosa* (desafío de las ideologías seculares), y *la Iglesia* (desafío de los cristianos no católicos y de las sectas), *fronteras* donde los predicadores deben llevar la luz del Evangelio. El Capítulo General de Roma identificó los mandatos de misión. Fr. Bruno Cadoré llamó a la Orden “a reforzar el diálogo entre nosotros sobre y desde la misión de predicación”. Este esfuerzo abarca tres áreas principales: *Foros de Misión* que permitirán a los hermanos que trabajan en el mismo campo apostólico dialogar entre ellos y reflexionar sobre las dimensiones teológicas y pastorales de su misión; *Proceso de Salamanca* que trata de promover el diálogo teológico e interdisciplinar sobre situaciones pastorales en contextos particularmente vulnerables; y la utilización de la *creatividad apostólica* en el “nuevo continente” de *Internet y el mundo de las nuevas redes sociales*” (Trogir 2013). Todo ello sigue siendo válido e importante para la Orden hasta el día de hoy. **Pero después de considerar los contextos, las dificultades y las estrategias de la compleja misión de evangelización, hago un llamamiento a la Orden para que centre su atención en los “públicos”, las personas a las que dirigimos el Evangelio, dentro de la misión de la “nueva (renovada) evangelización” de la Iglesia.** Mientras intentamos comprender más profundamente a los “públicos” de nuestra predicación, deberíamos tener presente el ejemplo de santo Domingo, que se “convirtió” tras una noche de diálogo con el posadero -esa experiencia le llevó gradualmente a dejar atrás una prometedora carrera eclesiástica como canónigo de la catedral de Osma, y eligió llamarse “Hermano Domingo” (*Libellus*, 21). La evangelización trae consigo la gracia de la conversión, tanto para el evangelizado como para el evangelizador. “*Evangelizadora, la Iglesia comienza por evangelizarse a sí misma*” (*Evangelii Nuntiandi*, 15).

Servimos a la Iglesia a través de nuestro carisma de frailes predicadores. Desde *Evangelii Nuntiandi* (EN, 1975), *Redemptoris Missio* (RM, 1990), *Ubicumque et Semper* (US, 2010), hasta *Evangelii Gaudium* (EG, 2013), el Magisterio de la Iglesia ha identificado áreas para una *nueva evangelización*, que creo deberían ser sistemática e intencionalmente adoptadas por la Orden como focos o prioridades en la realización del *propositum Ordinis*.

Así como he pedido al Capítulo General que discuta y proponga estrategias concretas sobre cómo hacer que el *propositum Ordinis* influya en los siguientes aspectos, también propongo a su reflexión y acción lo siguiente:

- I. *Missio ad gentes* - a los que aún no han conocido a Jesús (Hch 17,23)
- II. Misión para profundizar la fe de los creyentes (Lc 1,1-4)
- III. Misión con los que se alejaron de la Iglesia o aquellos al margen de ella (Lc 24,13-32)
- IV. Misión con los jóvenes (Jn 6, 5-15)
- I. **Misión *ad gentes***, la misión de San Pablo a las personas que aún no han conocido a Jesús: “Encontré incluso un altar con esta inscripción: ‘A un Dios desconocido’. Pues eso que veneráis sin conocerlo os lo anuncio yo” (Hch 17,23).

Hoy, el lugar de misión ya no es sólo el que está lejos de casa, ¡también está cerca de casa! A veces, cuando salimos del convento, nos encontramos con “muchos hombres, mujeres y niños que no conocen la alegría de la amistad con Jesús”. La misión *ad gentes* no es sólo una misión a ciertas partes del mundo, ¡sino a todas las partes del mundo!

Valoramos a los hermanos y hermanas que están en lugares de *missio ad gentes*, donde la Iglesia está en proceso de implantación. Pero la Orden tiene que ser también consciente de la necesidad de llegar a *los buscadores*, a aquellos que aún no han oído hablar de Cristo y no creen en Él. Algunas áreas en las que nuestros hermanos ya están trabajando son: la presencia y el ministerio en las universidades, la predicación en el continente digital, etc. Aunque escrita hace treinta y cinco años la *Redemptoris Missio* de Juan Pablo II merece ser revisitada para determinar qué podemos hacer concretamente en nuestro tiempo:

“Existen otros muchos ‘Areópagos’ del mundo moderno hacia los cuales debe orientarse la actividad misionera de la Iglesia. Por ejemplo, el compromiso por la paz, el desarrollo y la liberación de los pueblos; los derechos del hombre y de los pueblos, sobre todo los de las minorías; la promoción de la mujer y del niño; la salvaguardia de la creación, son otros tantos sectores que han de ser iluminados con la luz del Evangelio.

Hay que recordar, además, el vastísimo ‘areópago’ de la cultura, de la investigación científica, de las relaciones internacionales, que favorecen el diálogo y conducen a nuevos proyectos de vida. Conviene estar atentos y comprometidos con estas instancias modernas. Los hombres se sienten como navegantes en el mar tempestuoso de la vida, llamados siempre a una mayor unidad y solidaridad: las soluciones a los problemas existenciales deben ser estudiadas, discutidas y experimentadas con la colaboración de todos. Por esto los organismos y encuentros internacionales se demuestran cada vez más importantes en muchos sectores de la vida humana, desde la cultura a la política, desde la economía a la investigación. Los cristianos, que viven y trabajan en esta dimensión internacional deben recordar siempre su deber de dar testimonio del Evangelio” RM, 37).

Evangelii Gaudium nos recuerda que, en nuestros días, “el anuncio a la cultura implica también un anuncio a las culturas profesionales, científicas y académicas. Se trata del encuentro entre la fe, la razón y las ciencias, que procura desarrollar un nuevo discurso de la credibilidad, una original apologética que ayude a crear las disposiciones para que el Evangelio sea escuchado por todos” (EG, 132).

La *missio ad gentes* implica también el encuentro con personas de otras religiones. El diálogo interreligioso y el *anuncio*, aunque distintos, son aspectos integrantes y válidos de la evangelización de la Iglesia: “el verdadero diálogo interreligioso por parte del cristiano supone el deseo de hacer que Jesucristo sea más conocido, reconocido y amado; el anuncio de Jesucristo debe realizarse en el espíritu evangélico del diálogo”⁵.

Las encuestas sobre demografía religiosa varían mucho de un país a otro y de una región a otra del mundo. Un investigador afirmó: “Hay un palpable renacimiento religioso de la Generación Z. Los creyentes de entre 18 y 24 años son los más propensos a creer en un Dios, a creer que su Dios es el único Dios y a sostener que Dios moldea sus valores morales”. Otra investigación afirma: “Alrededor de un tercio de los miembros de la generación Z (34%) y *millennials* (35%) se identifican como no afiliados religiosamente, en comparación con el 25% de los miembros de la generación X, el 19% de los *baby boomers* y el 15% de la Generación Silenciosa”. Por supuesto, las encuestas son sólo herramientas y puede haber márgenes de error. Pero sería interesante que los capitulares compartieran con el capítulo lo que saben sobre la demografía religiosa en el territorio de su provincia. Es cierto que no debemos preocuparnos por las cifras, pero predicar para la salvación de las almas también significa que debemos utilizar todas las herramientas disponibles que nos ayuden a cumplir nuestra misión.

¿Cuáles son la visión y los objetivos concretos que la Orden debe articular y que servirán de guía a nuestros hermanos y hermanas en la predicación del Evangelio *ad gentes*? ¿Cuáles serán los criterios que nuestra Orden y cada rama de la Familia Dominicana podrá utilizar para determinar si estamos avanzando o no en esta misión, de modo que se puedan hacer los ajustes oportunos para que seamos más eficaces en nuestra predicación *ad gentes*?

Se dice que “no todo lo que cuenta, puede ser contado”. Sin embargo, también debemos tener algunas varas de medir o criterios objetivos por los que podamos decir: “gracias a la gracia de Dios, estamos avanzando en nuestra misión *ad gentes*”? ¿O, somos incapaces de conseguir este objetivo, por lo tanto, necesitamos repensar nuestra metodología, enfoque, etc.? Debemos tener en cuenta que “en la raíz de toda evangelización no hay un proyecto humano de expansión, sino el deseo de compartir el don inestimable que Dios ha querido darnos, haciéndonos partícipes de su propia vida”⁶.

II. Misión para profundizar en la fe de los creyentes, la “misión” de Lucas al escribir el Evangelio dirigido a un tal “Teófilo”, “amigo de Dios”, que tipifica a todo creyente que se abre a Dios y desea conocer el Evangelio: **“He resuelto escribírtelos por su orden, ilustre Teófilo, para que conozcas la solidez de las enseñanzas que has recibido”** (Lc 1,1-4).

Una de las preguntas que me plantean durante las visitas es “¿es el ministerio parroquial un apostolado propiamente dominicano?” Es cierto que el ministerio parroquial nos ata a un lugar determinado y nos hace menos ágiles e itinerantes. Sin embargo, **cuidar de una comunidad estable, caminar con sus miembros en su itinerario de vida y de fe es también una forma de “itinerancia”**. La pastoral parroquial es algo más que la pastoral sacramental. Se trata de acompañar a las personas en la profundización de su vida de fe.

Una parroquia dominicana debe ser aquella en la que la **comunidad de los hermanos pastoree la comunión de la parroquia**. Me alegra de notar que en un buen número de las parroquias que

⁵ Pontificio Consejo para el Diálogo Interreligioso, *Dialogue And Proclamation*, 19 de mayo de 1991, n.º, 77.

⁶ Benedicto XVI, Carta Apostólica *Ubicumque et Semper* (el documento no tiene números de párrafo).

he visitado, he visto cómo los hermanos realizan los “pilares de la vida dominicana” dentro de la parroquia, es decir, el sentido de **comunidad** entre los feligreses, la vida de **estudio** (los frailes ofrecen conferencias, estudio de la Biblia, etc. a los feligreses), la **oración** (es decir, los frailes rezan *con* la comunidad y no sólo celebran la Eucaristía para ellos) y, por último, **el apostolado**, es decir, formar a nuestros feligreses para que no se conviertan en meros receptores pasivos, sino **en agentes de evangelización**: “discípulos-misioneros” o “contemplativos-evangelizadores”, etc.

Puesto que la “familia es una iglesia doméstica”, y los padres deben ser “para sus hijos los primeros predicadores de la fe” (LG, 11), debemos prestar especial atención a la formación de estos “primeros predicadores”. Sabemos que se produce una grave ruptura en la transmisión de la fe a la siguiente generación cuando los padres se abstienen de llevar a sus hijos a la iglesia.

Lo que decimos de una parroquia puede decirse de las demás instituciones “estables” bajo el cuidado de los hermano y hermanas: escuelas, universidades, capellanías, etc. La misión intelectual de la Orden es importante para comprometer “a los intelectuales que sienten la necesidad de conocer a Jesucristo bajo una luz distinta de la enseñanza que recibieron en su infancia, y para muchos otros” (EN, 52, *Ubicumque et Semper*). Sabemos, por supuesto, que la misión de profundizar en la fe de los creyentes debe estar siempre abierta a la misión *ad gentes*, es decir, las parroquias deben llegar a los “no adscritos”, a los “buscadores”; las escuelas deben estar atentas y acoger a los no creyentes, etc.

III. Misión de encontrar y acompañar a los que se *alejan* de la Iglesia, a los que están en el mismo “camino” que los dos discípulos que se alejaban de Jerusalén, la comunidad de fe, hacia Emaús. Sus “ojos no pudieron reconocer a Jesús que caminaba con ellos”, pero más tarde, reconocieron a Jesús en las Escrituras y en la fracción del pan (Lc 24,13-32).

La secularización tiene mucho que ver con personas que se han ido alejando gradualmente de la práctica de la fe. Han perdido el sentido de reconocer a Jesús en la Palabra y los Sacramentos. ¿Cómo podemos comprometernos con ellos e invitarles a volver a ver a Jesús? ¿Cómo podemos caminar con ellos, hablar con ellos, sentarnos a la mesa con ellos como Domingo hizo con el posadero? ¿Estamos preparados para “convertirnos” en nuestro diálogo con ellos como Domingo se “convirtió” cuando dejó una prometedora “carrera eclesiástica” en Osma después de ese encuentro?

Los dos discípulos que se alejaban de Jerusalén estaban conmocionados por la crucifixión, “¿cómo puede morir el Mesías por nosotros?”, debieron pensar. En nuestro tiempo, no podemos negar que muchas personas se alejan de la Iglesia porque se han escandalizado de nosotros, de los diferentes abusos (sexuales, espirituales, psicológicos) cometidos por sus hermanos y hermanas espirituales.

¿Qué estamos haciendo como Orden para invitar a estas personas a volver a la comunidad de fe? ¿Qué más podríamos hacer para que nuestra predicación (*verbis et exempli*) les ayude a reconocer a Jesús en su Palabra salvadora y en la fracción del Pan? ¿Qué deberíamos hacer para que las heridas que ayudaron a Tomás a reconocer al Resucitado - “mi Señor y mi Dios” - puedan curar las heridas de la confianza rota y de las relaciones fracturadas?

Como peregrinos que caminan con el Señor, nos damos cuenta de que tenemos compañeros de peregrinación: nuestros hermanos y hermanas de otras iglesias cristianas. Fomentar el

diálogo ecuménico es una forma concreta de escuchar la oración de Jesús para que “todos sean uno” (Jn 17,21). La unidad de los cristianos es crucial para la credibilidad del mensaje cristiano: “que el mundo crea” en Jesús (Jn 17,23). Las Escrituras hebreas, que Jesús explicó a los discípulos en el camino de Emaús, son clave para entender al Mesías. Aunque los judíos no pueden aceptar a Jesús como Mesías, seguimos leyendo juntos las Escrituras hebreas y ayudándonos mutuamente a profundizar en nuestra comprensión de la palabra de Dios (cf. EG, 249).

IV. Una Misión especial para los Jóvenes, que se encuentran en las situaciones de fe antes mencionadas. Muchos jóvenes, incluso en lugares imbuidos de una “cultura cristiana”, no abandonan la Iglesia, ¡ni siquiera han “entrado” en ella por primera vez porque sus padres decidieron no llevarlos a la Iglesia!

Muchos jóvenes de hoy probablemente tienen una pregunta similar a la del joven que preguntó a Jesús: “Maestro, ¿qué tengo que hacer de bueno para obtener la vida eterna?” (Mt 19,16). Debemos acogerlos y comprometerlos en su búsqueda de lo que es verdadero y bueno. **Creo que nuestros hermanos en los colegios, en las capellanías universitarias o en otras formas de pastoral juvenil en parroquias y santuarios comparten una misión similar a la del apóstol Andrés.** En la maravillosa historia de la multiplicación de los panes y los peces (Jn 6, 5-15), Jesús alimentó a miles de personas, gracias al muchacho que ofreció generosamente su pan y sus peces al Señor, y a Andrés, que percibió sabiamente que el muchacho tenía algo que ofrecer. No habría habido milagro sin el joven, y sin Andrés, la ofrenda del muchacho no habría llegado a Jesús. El muchacho no sólo tenía hambre de comida, ¡tenía hambre de hacer algo bueno por los demás! Necesitamos “andreses” (más creyentes como Andrés) que acompañen a los jóvenes dispuestos a compartir sus dones y talentos con la Iglesia. Debemos dar a los jóvenes oportunidades de sentir la alegría que sentimos nosotros cuando servimos al pueblo de Dios.

En este año jubilar, un miembro de nuestra Familia Dominicana, el Beato Pier Giorgio Frassati, será canonizado. Este joven, apodado “el hombre de las bienaventuranzas”, ofrece un retrato muy atractivo de la vida dominicana. Por su piedad y su energía, nos guía “hacia lo alto” (*verso l’alto*). Por su intercesión, que todos los dominicos puedan inspirarse y comprometerse a predicar a, con y a través de los jóvenes, que siguen siendo el futuro de la sociedad y la esperanza de la Iglesia.

Conclusión

En resumen, he aquí una infografía que nos ayudará a visualizar nuestro carisma y misión, a comprender la visión y las prioridades de nuestra Orden hoy, y a encontrar nuestro lugar en la realización del *propositum Ordinis* dentro de la Iglesia actual.

PROPOSITUM ORDINIS, HIC ET NUNC

Esto se lleva a cabo en armonía con la misión de "nueva evangelización" de la Iglesia que se dirige a *cuatro públicos*, las **personas** a las que va dirigida nuestra predicación:

IN MEDIO ECCLESIAE

La Iglesia es "misionera por su propia naturaleza, ya que tiene su origen en la misión del Hijo y en la misión del Espíritu Santo, según el decreto de Dios Padre"-AG 2

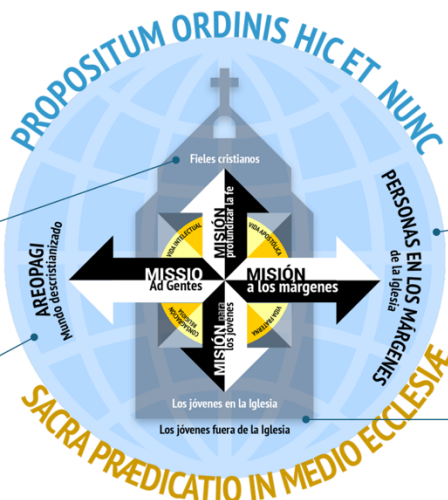
FIELES CRISTIANOS. La misión de San Lucas: "He decidido escribirte un relato ordenado, Teófilo, para que aprendas lo bien fundada que está la enseñanza que has recibido"

Lucas 1:1-4

AD GENTES - PERSONAS EN LOS DIFERENTES "AREÓPAGOS" DE NUESTRO MUNDO.

La misión de San Pablo: "Incluso descubrí un altar con la inscripción 'A un Dios desconocido'. Os anuncio, pues, lo que adoráis sin saberlo".

Hechos 17:23



SACRA PRÆDICATIO

La vida dominicana en su *integritad* - Consagración religiosa (Consejos evangélicos y observancias religiosas), Vida fraterna común y formación, Vida intelectual y vida apostólica - cf. LCO 100 § I, ACG 1974, 253 II

PERSONAS AL MARGEN DE LA IGLESIA.

La misión de acompañar a los que están en el camino de Emaús (*lapsos, católicos desilusionados et al.*): personas cuyos "ojos fueron impedidos de reconocer a Jesús que caminaba con ellos", pero más tarde, reconocieron a Jesús en las Escrituras y en el Partimiento del Pan.

Lucas 24:13-32

JÓVENES QUE SE ENCUENTRAN EN LOS OTROS "PÚBLICOS"

La misión de Andrés, que acompañó a un niño a compartir su comida con Jesús, lo que dio lugar al milagro de alimentar a miles de personas.

Juan 6:5-15

No cabe duda de que el esfuerzo por proclamar el Evangelio a las personas de hoy, que están animadas por la esperanza pero, al mismo tiempo, a menudo oprimidas por el miedo y la angustia, es un servicio prestado a la comunidad cristiana y también a toda la humanidad (EN, 1). Estas palabras de San Pablo VI, escritas hace 50 años, siguen siendo válidas hoy.

Entre los "públicos" mencionados anteriormente, ¿a quiénes dirigen principalmente su predicación como (vicaría) provincia, como congregación de hermanas dominicas, como miembros de la familia dominicana? Más importante aún, ¿cuáles son algunas "buenas prácticas" respecto a este tema que consideran que valdría la pena compartir con la familia dominicana y que podrían inspirar a otros a hacer algo similar? ¿Tienen algunas ideas o sugerencias sobre cómo profundizar y desarrollar aún más la misión de "predicar para la salvación de las almas" hoy? Agradecería recibir sus respuestas, que pueden enviar a nuestra Curia General (secretarius@curia.op.org).

Su hermano en Santo Domingo,


fr Gerard Francisco Timoner III, OP
Master of the Order